

EL LOCO DE LA 20

■ Héctor Jaime Treviño Villarreal*

Un fuerte estruendo se escuchó en la avenida principal de la colonia. La alarma cundió entre todos los vecinos pues las cosas no estaban para menos con tanta inseguridad, con los “malitos” balaceándose por donde quiera, o el tiradero de cadáveres con claras muestras de tortura. En fin, sustos, sobresaltos, miedo... Al escuchar aquel sonido tan fuerte, algunos intentaron tirarse al piso, otros se resguardaron en columnas o al interior de las tiendas; sin embargo, pronto se aclaró todo: “¡Fue Pedro, el loco de la 20, quien tiró una gran piedra y destrozó un enorme escaparate de cristal!”.

El loco de la colonia Veinte de Noviembre, de allá por los rumbos de Guadalupe, Nuevo León, personaje conocido y temido, porque no es un orate tranquilo, todo lo contrario, es muy violento y, además, por su estatura y corpulencia, impone desasosiego. De unos 53 años, 1.80 metros de estatura, fornido, generalmente no anda mal vestido, usa pantalón color caqui y camisa de cuadros de manga corta, pies grandes cubiertos con unos zapatos de punta chata y de color café, estropeados por el uso.

La mirada extraviada, abre al máximo los ojos... en verdad, asusta. Manos sucias con las uñas con permanente luto, conserva su abundante pelo color negro, tres surcos en forma de arrugas cubren su frente y tiene algunos hoyuelos producto de viruela o acné, su voz es sonora, cavernosa y habla muy rápido, a veces da gritos estentóreos.

Por las calles de la Veinte se rumora que es hijo de don Pepe, persona que nadie conoce, pero, comunicativos que son los vecinos, algunos afirman rotundamente que sí es hijo de don José. ¡Sabrá Dios de qué don José hablan! En fin, lo que sí es real, es la presencia atemorizante de Pedro, el loco de la 20.

En su delirio ignora que apoderarse de las cosas de otros es un delito... “Pedro es un ratero”, dice la chiquillería. Acostumbra a deslizarse con sigilo entre los carros estacionados y va levantando las manijas de los autos y si hay alguno sin cerrar, lo abre y se lleva lo que encuentra; también despoja a los niños de sus juguetes o les quita el dinero, se mete a las casas y se apodera de objetos o dinero. Alguna vez, enseguida de la ferretería de la colonia, tomó a un niño con tanta fuerza que le rompió el brazo al tratar de llevarse sus juguetes... la algarabía que se armó en el vecindario, hasta la policía municipal fue a indagar, pero Pedro, el Loco de la 20, había puesto pies en polvorosa.

A su casa llega con el producto de sus raterías donde lo almacena... sus hermanos ya no hallan qué hacer con él, han intentado encerrarlo en la cárcel o en el manicomio, pero Pedro, con la fuerza de un toro, no deja que lo agarren.

Así ha sido la vida de Pedro, el loco de la 20. En ocasiones los hermanos mayores de los niños agredidos lo han agarrado entre varios y le han dado una buena tunda, pero Pedro no entiende, su mundo es otro, sus conexiones cerebrales están en un lejano universo, por lo tanto, es violento. El loco de la 20 seguirá deambulando como triste e imponente figura en los andurriales ciudadanos.

*Originario de Sabinas Hidalgo, Nuevo León. Es profesor de instrucción primaria egresado de la Escuela Normal “Pablo Livas”, de la mencionada ciudad. Maestro de educación secundaria por la ENSE, con especialidad en Ciencias Sociales. Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras, orgullosamente egresado de su primera generación: 1974-1978. Es geógrafo, cronista, archivista, promotor cultural y periodista. Ha publicado más de 80 libros y folletos e infinidad de artículos y editoriales en periódicos y revistas. Fue director del Centro de Información de Historia Regional “Celso Garza Guajardo” de la UANL. Fue delegado federal del INAH en Nuevo León y Coahuila. Actualmente es Director del Archivo General del Estado de Nuevo León.